

SENTENCIAS

de los Santos Padres

Tomo II

Dispuestas por orden alfabético de materias
por un Párroco de la Diócesis de Cuenca

Serie
Los Santos Padres
N.º 48

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

M

María Santísima.— “Así como Eva fue engañada con las palabras del ángel malo, para huir de Dios, habiendo quebrantado su precepto, así María fue evangelizada, o se la anunció con las palabras del Ángel bueno, para que llevase en sus entrañas a Dios, obedeciendo a su palabra, para que María Virgen, fuese abogada de Eva, virgen inobediente; y así como el linaje humano quedó sujeto a la muerte por medio de una virgen, se vea libre por medio de otra Virgen, disponiendo Dios con igualdad contra la desobediencia de una virgen y la obediencia de otra Virgen. (S. Ireneo, sent. 3, Tric. T. 1, p. 345.)”

“El Espíritu Santo descendió al seno de la Virgen acompañado de todas las virtudes inseparables de su divina esencia, y convenientes a su soberanía: la llenó de tantos bienes, que la hizo agradable en todo, y mereció llamarse “llena de gracia”, porque estando llena del Espíritu Santo, recibió la plenitud de toda suerte de gracias, y la cubrió con su sombra y la virtud del Altísimo. Ahora, pues, no se puede dudar que conservó inviolablemente esta virtud desde su concepción hasta su muerte; porque no se puede imaginar que esta plenitud de gracias fuese pasajera en la Santísima Virgen. Pero es preciso creer que se la comunicó para todos los tiempos, así como no fue una sola vez cuando la cubrió la virtud del Altísimo con su sombra, sino que la cubre y rodea todavía, y siempre la coronará; de suerte, que la presencia continua del Espíritu Santo, la hará eternamente llena de gracia. (S. Atanasio, de Sanctis. Deipar., sent. 4, Tric. T. 2, p. 171 y 172.)”

“Con razón se llama María sobre todas las mujeres la llena de gracia, porque ella solo consiguió una gracia tan singular, que ninguna otra criatura la ha merecido semejante, pues quedó llena del mismo Autor de la gracia. (S. Ambrosio, in lib. 2, c. 1, sent. 76, Tric. T. 4, p. 328.)”

“María, no solamente era Virgen en el cuerpo, sino también en el espíritu. Jamás con disimulo alguno alteró la pureza y sinceridad de su alma. Era humilde de corazón, prudente en su conducta, grave en sus discursos, reservada en sus palabras, aplicada a la lectura; más ponía su confianza en las oraciones de los pobres, que en la incertidumbre de los bienes de la tierra; se ocupaba en el trabajo y ponía en Dios más que en los hombres el juicio de su conciencia: siempre era incapaz de hacer mal a nadie, y estaba dispuesta para hacer bien a todo el mundo; tenía gran respeto a las más ancianas; vivía sin envidia con las de su edad, distante de las vanidades, aplicada a la recta razón, y aficionada a la virtud. Si alguna vez se la vio en las concurrencias de los hombres, era en aquellas a donde la llamaba la caridad y en donde no tuviese motivos de avergonzarse. Sus ademanes ni sus pasos nada tenían de afectados o de libres, y todo el exterior de su persona representaba la pureza de su alma, y era una excelente imagen de su interior santidad. Algunas veces ayunaba por dos días, y cuando tomaba el alimento, no escogía las viandas; comía más para mantener la vida, que para buscar el placer; sola la necesidad la hacía rendirse al sueño, y aun cuando el cuerpo descansaba, velaba su espíritu. Jamás salía sino para ir al templo, y siempre en compañía de sus parientes. En el retiro de su casa, jamás estaba ociosa, ni se presentaba fuera sola, aunque nadie la podía guardar con tanta seguridad como ella misma. (S. Ambrosio, de Virgi., lib. 2, sent. 195, Tric. T. 4, p. 341.)”

“Dios no nos da todavía Déboras y Jafeles que nos socorran; pero tenemos la Santísima Virgen María, Madre de Dios, que intercede en favor nuestro. Y a la verdad, si una mujer que Dios sacó de entre el común del pueblo, tuvo en otra ocasión poder para vencer los enemigos de Dios, ¿cuánto mayor le tendrá la que es Madre del mismo Jesucristo, para confundir los enemigos de la verdad? (S. Juan Crisóst., Serm. 6 de Martyrib., n. 3, sent. 245, Tric. T. 6, p. 350.)”

“Supliquemos a la santa y gloriosa Virgen María, que es la Madre de Dios; supliquemos a los Santos e ilustres Apóstoles de Jesucristo; supliquemos a los Santos Mártires. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 246. Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Me he pasmado de que hubiese personas que dudasen si la Bienaventurada Virgen era llamada Madre de Dios o no. Porque si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿cómo no ha de ser madre de Dios, la Virgen que le parió? Esta fe traspasaron a nosotros los discípulos de

nuestro Salvador, y si no hicieron mención de esta expresión, la hemos aprendido por otra parte de los Santos Padres. (S. Cirilo Alejand., Ep. 1, T. 2, sent. 11, Tric. T. 8, p. 99.)”

Todos los días ocurre a las almas fieles que meditan las cosas divinas, que nuestro Salvador nació de una Madre Virgen. Esta meditación que eleva el alma al conocimiento de su Criador, sea entre los gemidos de la oración, o en la alegría de las alabanzas divinas, o bien en el ofrecimiento del sacrificio, debe tener por objeto principal este gran prodigio que el Hijo de Dios ha obrado. (S. León, Papa, Serm. 25, sent. 18, Tric. T. 8, p. 304.)”

“El nacimiento de la Virgen es la prenda de las divinas promesas, y como un voto de que Dios ha de nacer.. Era preciso que viniese al mundo, como la primogénita de las criaturas, porque de ella había de nacer el primogénito de todas las obras de Dios. (S. Juan Damas., Orat., de Nativ. Virg., sent. 9, Tric. T. 9, p. 293.)”

“La bienaventurada Virgen es superior a todas las alabanzas que se la pueden dar... María es un asilo y un lugar seguro para todos los que buscan el refugio de su amparo.. Tener para con Vos, ¡oh dichosa Virgen! una devoción singular, es tener aquellas armas defensivas que Dios pone en la mano a los que quiere salvar. (S. Juan Damas., Orat., de Assumpt., sent. 10, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“A ti vengo, sagrado, sepulcro de la Madre de Dios, que después de la sepultura del Señor eres el más santo, porque en ti estuvo aquella de quien nació el Autor de la vida, y fue como una fuente de donde después dimanó la resurrección, —yo te hablo como si fueras un ser vivo y animado de alma racional:— ¿en dónde está aquel oro tan puro que los Apóstoles depositaron en tu seno? ¿En dónde está aquel precioso cuerpo de la Virgen madre, inagotable tesoro de espirituales riquezas? ¿En dónde está aquel inestimable conjunto de las más raras maravillas? ¿En dónde está aquella mina preciosísima que nos dio el Autor de la Vida? ... Por último, ¿ en dónde está el cuerpo virginal de la Madre de Dios, tan hermoso, tan puro y tan amable? Mas ¿para qué buscáis en el sepulcro a la que vive en lo más alto de los cielos a donde ha sido elevada? ¿Por qué me pides cuenta del tesoro que en mí depositaron? Yo no tengo fuerza para resistir a las órdenes del Omnipotente. Ese sagrado cuerpo dejó los lienzos en que estaba envuelto, y dejándome santificado con su presencia de algunos días, y llenándome del perfume delicioso, del olor más agradable, después de haber hecho templo en donde descansaba aquel santuario de la divinidad, le

levantaron de aquí y le llevaron al cielo en compañía de los Angeles, de los Arcángeles y de todas las celestiales virtudes. (. Juan Damas., *ibid.*, sent. 11, *Tric. ibid.*, p. 293 y 294.)”

Dignaos, pidosísima Señora, de orar por nosotros en el cielo, de tal suerte, que con vuestra poderosa intercesión nos perdone Dios en el cielo los pecados que hemos cometido sobre la tierra; porque no hay en nosotros pecado tan grande que no pueda quedar borrado si queréis abrir la boca en favor nuestro. ¡Oh, Santísima Virgen María! Haced que experimentemos la eficacia de vuestras súplicas los que, instruidos por nuestra fe, creemos firmísimamente que vos sois Virgen y Madre de Dios. Haced que los que confesamos que habéis concebido y parido un Hombre-Dios, tengamos el gozo de haber llegado a la salud eterna por vuestra santa protección, y que los que hacemos profesión de reconocer que la gracia os ha sublimado en gloria y méritos sobre todos lo hombres, tengamos el dulce contento de deberos, después de Dios, la participación y posesión de la eterna bienaventuranza. Siempre que Dios nos comunique sus gracias, protegéd-nos para que no perdamos por vanidad el fruto. Si nos sobreviene alguna desgracia o tentación, presentaos en favor nuestro al trono de la gracia, para impedir que nos rindamos. Yo os suplico, Reina augusta y llena de bondad, que de tal suerte ofrezcáis a Dios por nosotros en el cielo el suave incienso de vuestra súplicas, que seamos dignos de gozar, después de nuestra muerte, de las alegrías celestiales. Amén. (S. Anselmo, *Orat.* 54, sent. 49, *Tric. T.* 9, p. 355 y 356.)”

“¡Oh felicísima Virgen! Así como es preciso que perezca el que es arrojado y despreciado de Vos, así es imposible que se pierda aquel a quien reduzcáis y en quien pongáis los ojos. (S. Anselmo, *Orat.* 51, sent., 50, *Tric. T.* 9, p. 356.)”

“El que conserva su cuerpo puro, guarda una buena fortaleza. (S. Bern., *Serm.* 2, de *Assumpt.*, n. 2, sent. 130, *Tric. T.* 10, p. 330.)”

Mártir.— “Es preciso suplicar a los Mártires, cuyos cuerpos y reliquias son entre nosotros como unas sagradas prendas que nos prometen su asistencia. Sin duda, los que lavaron con su sangre las manchas de sus pecados, tienen grande proporción para pedir el perdón de los nuestros. No nos avergoncemos, pues, de tomar por intercesores en nuestra flaqueza, a los que también conocieron la suya, aun en aquel mismo tiempo en que quedaron victoriosos. (S. Ambrosio, sent. 42, *Tric. T.* 4, p. 343.)”

Matrimonio.— “El objeto y fin del matrimonio es la procreación

de los hijos, y su buena educación. Su uso, sólo por satisfacer los deleites, es contra la naturaleza racional y contra la ley. (S. clemente, sent. 5, Pedagogo, lib. 2, c. 9, Tric. T. 1, p. 124.)”

“Es una cosa admirable una mujer cuidadosa de su casa; ella forma la alegría de todos, los hijos se regocijan en la madre, el esposo en la mujer, ésta en su esposo y en sus hijos, y todos en el Señor. (San Clemente, sent.9, lib. 3, c. 11, Tric. T. 1, p. 125.)”

“Los matrimonios son legítimos y conforme a la institución de Dios, cuando la pasión de la sensualidad no es superior a sus leyes, y cuando se hacen con el fin de tener una asistencia saludable en esta vida, y de criar hijos. (S. Basilio de Vera Virg., sent. 29, Tric. T. 3, p. 195 y 196.)”

“No debéis creer que por haber elegido el estado del matrimonio os es permitido seguir la vida del mundo y abandonaros a la ociosidad y a la pereza; pues por el contrario, eso mismo os obliga a trabajar con más esfuerzo, y velar con más cuidado por vuestra salvación, considerando que habéis establecido vuestra habitación en un lugar lleno de lazos, y que es de la dependencia de las potestades rebeldes y enemigas, en donde continuamente tenemos delante de los ojos mil objetos que irritan nuestras ansias, mueven nuestros sentidos y encienden el fuego de nuestras pasiones. (San Basilio, de Abdic. rer., sent. 32, Tric. T. 3, p. 196.)”

“Asista Cristo a las bodas, mejor lo diré: en donde está Cristo allí está la modestia. (s. Greg. Nacian., Epist. 193, sent. 6, adic., Tric. T. 3, p. 394.)”

“El esposo debe dejar la arrogancia y el mal humor cuando ve que viene su esposa con sentimientos de afecto y de respeto. Sabéis que no sois dueño, sino marido. Dios ha querido que seáis el que gobierna el sexo más débil, pero no un tirano dominante. Corresponded a sus cuidados, y volved afecto por amor: pero alguno me dirá: yo soy de genio áspero: mas yo le responderé, que está obligado a reprimir el genio en favor del matrimonio. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 7, n. 19, sent. 3, Tric. T. 4, p. 312.)”

“No se habla con Rebeca en punto a esponsales; porque estaba esperando el parecer de sus padres, y no pertenece al pudor de una doncella elegir por sí el esposo. (S. Ambrosio, lib. de Abr. cult., sent. 10, adic., Tric. T. 4, p. 396.)”

“Si los que se casan hallan según la doctrina del Apóstol la tribulación de la carne, cuando sólo parece que debieran hallar satisfac-

ción, ¿qué males no experimentarán en todo lo demás que acompaña al matrimonio? Pues en él se encuentra la tribulación en el espíritu, y en el alma, así como en la carne. (S. Jerón, ad. Jovin., lib. 1, sent. 35, Tric. T. 5, p. 244.)”

“Si el uso del matrimonio impide para la oración, por más fuerte motivo debe servir de impedimento para lo que es incomparablemente mayor, esto es, para recibir el cuerpo de Jesucristo. (S. Jerón., ep. 48, ad Pammach., sent. 39, Tric. T. 5, p. 245.)”

“Alguno me dirá que esta continencia es cosa dura, y que las gentes del mundo son incapaces de sufrirla, pero obsérvala el que pudiera, y el que no, vela lo que debe hacer; porque a mí no me pertenece examinar lo que cada uno puede o no puede, sino declarar lo que las Escrituras quieren que ejecutemos. (S. Jerón., Ep. 48, ad Pammach., sent. 41, Tric. T. 5, p. 245 y 246.)”

“Si perdéis una mujer buena, no dejéis de dar gracias a Dios porque os la quita para llevaros a la continencia, y con el fin de atraeros a una virtud más perfecta y celebrada, y de romper los lazos que os pudieran detener en una vida regular y común. (S. Juan Crisóst., Homl. 41, sent. 322, Tric. T. 6, p. 370.)”

“No puede suceder que una mujer que se aplica al cuidado de su casa, deje de ser púdica y honesta. (S. Juan Crisóst., Homl. 4, c. 2, Ep. ad Tit. sent. 377, Tric. T. 6, p. 381.)”

“Cuando se acercan las grandes solemnidades, conviene a los casados vivir en continencia, y a todos redimirse de sus pecados con limosnas. Si en estos días festivos se permiten regalar a sus amigos y vecinos, deben ejecutarlo con convites sobrios y modestos, de suerte que queda siempre con que socorrer a los pobres y necesitados. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 42, sent. 8, Tric. T. 9, p. 45.)”

“A los que se hallan empeñados en las obligaciones del matrimonio, se les ha de advertir que cuando cuidan recíprocamente uno de otro, procure cada uno de tal modo agradar al consorte, que no desagrade al Criador: que traten las cosas de este mundo, de suerte que no dejen de desear las cosas que son de Dios; alégrense con los bienes presentes, pero sea temiendo cuidadosos los eternos males: lloren las pérdidas temporales, poniendo siempre su esperanza en los perpetuos consuelos, y conociendo que para todo cuanto hacen, adviertan que sólo permanece lo que deben apetecer. No desmaye con los males del mundo el corazón, pues le conforta la esperanza de los bienes del cielo. No engañen los bienes presentes a los que contristan los recelos

de los males del juico subsiguiente. (S. Greg. el Grande, Admonit. 28, sent. 16, adic., Tric. T. 9, p. 383 y 384.)”

“La esposa debe tratar al esposo con respeto y veneración, como lo hicieron Sara con Abraham, Rebeca con Isaac, y la madre de Samuel y de Tobías con sus maridos. Una esposa debe profesar a su esposo un amor espiritual y santo, que con él le incline a piedad, excitándole con el buen ejemplo y la dulzura en sus palabras. Desde, en todo lo que se no oponga a Dios y a la honestidad, ser sumisa a su esposo, como la Iglesia lo es a Jesucristo. Debe calmar las incomodidades de su marido, y jamás excitarle a la impaciencia, ni con dictorios, ni palabras provocadoras, maldicientes y escandalosas, porque entonces gobernará la casa el demonio, debiéndola regir la paz y gracia de Dios. (Barbier., T. 3, p. 349 y 350.)”

“El esposo debe tolerar todo lo que no se oponga al servicio de Dios, para que se conserve la paz; apartarla de la vanidad mundana e inclinarla a la práctica de las virtudes, con el ejemplo, mayormente. Antes de emprender cualquier asunto doméstico, consúltense; que los hijos nada vean en ellos de censurable, antes todo lo contrario, que reine el amor y temor de Dios en la casa, y serán felices. (Barbier., T. 2, *ibid.*, *ibid.*)”

Medicina.— “Ni debemos despreciar enteramente el uso de la medicina, ni poner en ella toda la confianza de nuestra salud; pero así como cuando dejamos el timón de lo nave en manos del piloto no omitimos el recurso a Dios para pedirle con oraciones que nos libre del naufragio, así también cuando nos valemos del médico, como la razón lo dicta algunas veces, no por esto nos debemos de separar de aquella esperanza que siempre debemos poner en Dios, que es el soberano Médico. (S. Basilio, interrog. 55, sent. 66, Tric. T. 3, p. 201.)”

“Grandes documentos nos da el arte de la medicina para la práctica de la continencia, porque destierra las delicias, condena el exceso en comer y beber, reprueba la variedad de manjares, y todos los condimentos delicados y perniciosos a la salud; por último, encomienda la dieta y sobriedad, como madre de la salud del cuerpo. (S. Basilio, *ibid.*, sent. 67, Tric. T. 3, p. 202.)”

“Postrado en tierra delante del divino Salvador, le adoró, diciendo: Señor, a ti que dignamente eres adorado, a ti que con gran razón eres honrado, te adoro yo como a Señor, y te ofrezco este título de verdadero Señor; confieso tus obras, y con mis obras te adoro, y con

las palabras digo, que todas las cosas fueron hechas por ti, y que si tú quieres, me puedes limpiar: pues tu voluntad es obra, Señor, claro está que si quieres me puedes limpiar. Tú, Señor, quisiste que esta lepra tan fea viniese sobre mi; o porque corregido con ella, hiciese penitencia de mis pecados; o usando de tu divina providencia, me la diste para ser tu magnificado, curándome milagrosamente de ella. Todas tus obras, Señor, son llenas de sabiduría y prudencia; tú acostumbras a dar la salud con mucha largueza, y así, te suplico, que si esta lepra me vino por mis pecados, me los perdones y me limpies; y si me vino para tu gloria, obra en mí tan grande maravilla para que tu santo nombre sea ensalzado. Yo, Señor, siempre confieso que, si tú quieres, me puedes limpiar. No tengo duda alguna en tu poder, no me engaño yo en mi fe: no te suplico como aquel que pedía la salud para su hijo, y te decía: Señor, si puedes hacer algo, ayúdame. Yo sé y creo que puedes todas las cosas, y por eso no busco en ti poder y fortaleza, porque se que están en ti sin falta alguna; sólo te suplico que quieras: que si quieres, seguirá tu poder a tu voluntad, y yo alcanzaré la merced que te pido... El Señor le responde y le dice: ¿Tú confiesas que yo lo puedo hacer, y protestas, que si quiero, luego es hecho? pues yo te digo, que te quiero limpiar: magníficamente crees, magníficamente eres limpiado; tu confesión es muy cumplida, y tu alegría será muy crecida. Yo lo quiero, se desde luego limpio; y por hacerte más favor, quiero extender mi mano sobre ti: y así extendió Jesucristo su mano sacratísima sobre él; le tocó y fue limpio. (Homiliario del Doctor Alcuino, T. 1, p. 214 y 215.)”

Meditación.— “Cantad al Señor himnos en la cítara con la voz de los cánticos. Esto a la letra quiere decir: juntad a la voz de los cánticos el sonido de los instrumentos que deben acompañarla, pero en el sentido espiritual, la cítara representa la práctica de las virtudes; y la voz, de los cánticos, la contemplación de la verdad. Glorificad, pues, al Señor, dice, juntando la práctica de las virtudes con la contemplación de la verdad, para que de este modo las alabanzas que resuenan tocando el instrumento, es decir, el uso de vuestro cuerpo para practicar la virtud, vaya acompañado de aquella armoniosa voz que consiste en la contemplación de la verdad, con referencia a la conducta de vuestra vida, porque el Espíritu Santo denota en este lugar por la cítara este concierto del cuerpo con el alma, y la ley que aquí nos propone, puede verse cumplida continuamente en las diversas partes de la Iglesia, pues realmente hacemos resonar esta divina melodía en esta cítara espiritual. (Eusebio de Cesarea, sent. 6, Tric. T. 2, p. 84.)”

“Hablad mucho con Dios y poco con los hombres. (S. Efren., in Psalm., sent. 3, Tric. T. 3, p. 78.)”

“Los mercaderes que trafican en el mundo, cuentan todos los días sus ganancias y sus pérdidas. Hagamos lo mismo nosotros por el cielo; tengamos todos los días por la mañana y por la noche el cuidado de examinar cómo va nuestro comercio espiritual, y si hallamos haber tenido pérdida, trabajemos cuidadosamente para reparar en adelante con ganancias ventajosas, los menoscabos que hemos padecido en lo pasado. (S. Efren., sent. 24, Tric. T. 3, p. 81.)”

“Toda la vida del Cristiano debe ser una meditación continua de la muerte. (S. Greg. Nacian., Orat. 10, sent. 22, Tric. T. 3, p. 355.)”

“Aunque no se haga alguna obra exterior, se emplea el hombre en acciones que no son ociosas, cuando está en el descanso santo de las alabanzas y contemplación de Dios. (S. Ambrosio, lib. 5, c. 6, sent. 83, Tric. T. 4, p. 330.)”

“¿Por qué no empleáis en la lectura el tiempo que no estáis en la iglesia? ¿Por qué no os ocupáis en Jesucristo? ¿Por qué no le habláis? ¿Por qué no le escucháis? Pues se le habla cuando se ora, y se le oye cuando se leen sus divinos oráculos. ¿Qué tenéis que hacer cuando frecuentáis las casas ajenas? Una sola casa tienen los cristianos que a todos los contiene. Dejemos que vengan primero a nosotros los que tienen que comunicarnos. ¿Para qué será perder el tiempo inútilmente en contar fábulas y hablar de las cosas del mundo? Nosotros tenemos la obligación de emplearnos en el ministerio de los altares de Jesucristo y no la de hacer cumplimientos y servicios temporales a los hombres. (S. Ambrosio de Officiis, c. 21, sent. 122, Tric. T. 4, p. 338.)”

“Cuando Jesucristo entró en aquel huerto que le trajo a la memoria el jardín de donde había sido arrojado el primer hombre, se entregó a la tristeza; pues era justo que emplease su aflicción en el lugar mismo en donde nuestra miseria había tenido principio. (San Cirilo Alejand., Homil. in Joann., sent. 20, Tric. T. 8, p. 103.)”

“Es necesario advertir con cuidado que son muy diferentes los temperamentos de los hombres y los caracteres de los genios; porque hay algunos de un natural tan ocioso y perezoso, que si los obligan a entregarse a la acción y al trabajo, inmediatamente se fatigan y desde el principio se rinden: otros tan activos y tan inquietos, que sienten la mayor pena cuando no tienen que hacer, porque padecen sus espíritus tanto más vivas agitaciones, cuanto más libre es el campo que abre la ociosidad a sus imaginaciones y pensamientos. De suerte, que es pre-

ciso que aquellos espíritus que gustan del reposo, no se apliquen con exceso a la actividad y al trabajo, y que los espíritus activos e inquietos no se contengan únicamente en los límites de la pura contemplación; porque algunas veces sucede que los que eran muy a propósito para la perfección en la meditación práctica de las cosas divinas, se han apartado de Dios en el tráfico excesivo de las ocupaciones exteriores, y por el contrario, los que se pudieran haber empleado con grande utilidad en el servicio del prójimo, se perdieron en la ociosidad y en la inacción. (San Greg. el Grande, lib. 5, c. 37, p. 207, sent. 25, Tric. T. 9, p. 237 y 238.)”

“Hay algunos que siendo incapaces de aplicarse con discreción a la meditación de las cosas espirituales y demasiado sublimes, han pretendido elevarse a la contemplación de los más altos misterios: de suerte, que no debe admirar haya caído en el precipicio de la perfidia por la ignorancia de su entendimiento; porque como la vida contemplativa era desproporcionada a su capacidad y a sus fuerzas, cayeron de la verdad, cuando una vida más sencilla los hubiera podido mantener con humildad en el estado de inocencia y en una virtud común. Cuando conocéis, pues, que no tenéis la discreción y talento necesario para la vida contemplativa, reducíos a la activa que es para vuestra alma la más segura, y pues no podéis ir por el camino que os parece más perfecto y excelente, contentaos con el más común, para que si este camino más excelente de la contemplación os expone al peligro de caer del conocimiento de la verdad, pudiérais a lo menos con otras miras, aunque más oscuras y más bajas, hallar entrada en el reino de los cielos por el camino de la vida activa. (San Greg. el Grande, *ibid.*, sent. 26, Tric. T. 9, p. 238.)”

“Escogió María la mejor parte, aunque puede ser que la humilde conversación de Marta no fuese de menos mérito delante de la presencia de Dios: se alaba la elección de María, porque ésta absolutamente debe ser elegida en cuanto esté de nuestra parte; pero si nos mandan el oficio de Marta, debemos sufrir con paciencia. Los Prelados necesitan de una y otra vida, porque en una y otra deben proveer, uniendo las paredes que vienen de diferentes lados, por estar constituidos Vicarios de la piedra angular, que es Jesucristo. No hay duda que su administración es más peligrosa que todas; pero si la desempeñasen bien, adquirirán para sí buen grado, y recibirán mayor abundancia y medida más colmada de paz. (S. Bern., Serm. 9, sent. 47, adic. Tric. T. 10, p. 364.)”

Misa.—“Entramos en la comunión de Jesucristo, de sus trabajos y de su Divinidad con el sacrificio incruento que se ofrece en la Iglesia. (S. Greg. Nacianc., Orat. 3, sent. 8, Tric. T. 3, p. 383.)”

“Y empezaron a comer. Todos los días se celebra el festín que hizo a su hijo el padre pródigo. todos los días recibe el Padre celestial a su Hijo: continuamente es sacrificado Jesucristo en la Iglesia por los fieles. (San Jerón., Ep. 140, ad Cypr., sent. 57, Tric. T. 5, p. 248.)”

“Nuestro principal sacrificio es el don saludable que se ofrece sobre el santo altar; el segundo, es el martirio; el tercero, la oración; el cuarto, la alegría del corazón; el quinto, la justicia; el sexto, la limosna; el séptimo, las alabanzas de Dios; el octavo, la compunción del alma; el noveno, la humildad; el décimo, la predicación. (S. Juan Crisóst., in Psalm. 95, sent. 131, Tric. T. 6, p. 324.)”

“Cuando el Sacerdote nombra en el sacrificio a los querubines y serafines, quiere elevar nuestros espíritus de la tierra al cielo, como si nos dijera: supuesto que en este lugar cantáis acordes con los serafines, asistid con la misma reverencia que los serafines, y rodead con ellos, y con el mismo respeto el Trono Real. No hay que admirar el que aquí estéis en compañía de los serafines, supuesto que Dios os comunica cosas que aún no se atreven a tocar los serafines. (S. Juan Crisóstomo, Homl. 6, in Isafam., sent. 161, Tric. T. 6, p. 330 y 331.)”

“Es necesario socorrer a los difuntos, no con lágrimas de arrepentimiento, sino con oraciones, súplicas, ofrendas y limosnas; pues no sin razón se han instituido estas cosas: no en vano hacemos memoria de los difuntos en la celebración de los divinos misterios, y pedimos por su alivio al Cordero inmaculado que se ofrece, y que llevó y borró los pecados del mundo; y no sin razón, dice en alta voz el que asiste delante del altar mientras se celebran los divinos misterios: esto se hace por todos los que duermen en Jesucristo, y por que celebran su memoria. (S. Juan Crisóst., Homl. 41, sent. 321, Tric. T. 6, p. 369.)”

“El que quiere oír misa entera con grandes ventajas de su alma, debe estar en la iglesia con humilde postura de su cuerpo, y con el corazón conrito, hasta tanto que se haya dicho la oración del Señor, y se haya echado la bendición al pueblo. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 80, sent. 16, Tric. T. 9, p. 46.)”

“Cuando el cordero de Dios es inmolado, dice el Crisóstomo, los serafines están presentes y cubren su rostro con sus seis alas. Mientras estamos en esta vida, añade, este sacrificio transforma la tierra en cielo. (Ibis., Barbier., T. 3, p. 375.)”

“Cuando el Sacerdote celebra la misa, dice la Imitación de Jesucristo, honra a Dios, regocija a los Angeles, edifica a la Iglesia, ayuda a los vivos, da reposo a los muertos y participa también de todos los bienes. (Lib. 4, c. 5, Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

“La misa es el memorial de la Pasión y muerte de Jesucristo. El mismo Salvador lo dijo a los Apóstoles: *Hoc facite in meam commemorationem*: Haced lo mismo en recuerdo mío. Y aún podemos añadir que es el mismo sacrificio de la Cruz, siendo el Sacerdote el mismo y la misma también la víctima... Convenía, dice San Pablo a los Hebreos, que tal Pontífice tuviésemos nosotros, santo, inocente e inmaculado, segregado de los pecadores y ensalzado sobre los cielos; un Pontífice que no tiene necesidad como los otros Sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios primeramente por sus pecados, y después por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez ofreciéndose a sí mismo. (Barbier., *ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“Jesucristo es propiciación por nuestros pecados, dice San Juan en su primera epístola, y no tan sólo por nosotros, sino también por los de todo el mundo. (Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

“El gran sacrificio del Altar basta para satisfacer a Dios, porque tiene un valor infinitamente más grande que el peso de las iniquidades de todo el universo. San Pablo lo dice también a los Romanos: Cuando creció el pecado, sobrepujó la gracia: *Ubi abundavit delictum, superabundavit et gratia*. (Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

“En su infinita bondad, Jesucristo quiso dejar a su esposa, la Iglesia, visible e indestructible, un sacrificio visible y permanente. El sacrificio de la Cruz fue en realidad la primera misa... El sacrificio del Altar es tan grande, que sólo puede ofrecerse a Dios. Podemos sacar de la santa misa cinco frutos principales: primero, aumento de gracias; segundo, remisión de las penas debidas por el pecado; tercero, consecución más fácil de lo que pedimos; cuarto, emisión de actos de fe, de esperanza, de caridad y religión; quinto, seguridad de que asistiendo al sacrificio, y hallándonos ante Jesucristo, ninguna de nuestras oraciones puede quedar sin remedio. (Barbier., *ibid.*, p. 375 y 376.)”

“El santo sacrificio se ofrece por tres principales motivos: primero, en acción de gracias por los bienes recibidos; segundo, para satisfacción de los pecados cometidos; y tercero, para pedir los auxilios y gracias necesarios... Nosotros también hemos de ofrecernos a Dios... Durante la misa conviene pensar en Aquél a quien se ofrece el sacrificio... en el que lo ofrece, es decir, en Jesucristo,... en el que es ofreci-

do... y en el motivo porque se ofrece... Siendo el santo sacrificio el memorial del amor de Jesucristo hacia los hombres, hemos de meditar, mientras se ofrece, en los sufrimientos del Salvador y en su amor inmenso. Es el medio de oír misa con mucho fruto... Hemos de asistir a misa con el profundo respeto interior y exterior que exige el lugar santo, la presencia de Dios, la de los Angeles y de los fieles, y finalmente el pensamiento del gran misterio que se opera... Hemos de oír misa con fe, humildad, compunción, temor y confianza... Si así se oyera, otra sería la vida de los cristianos. (Barbier., *ibid.*, p. 378.)”

Modestia.— “Desde el punto en que Rebeca vio a Isaac, al cual estaba destinada por esposa, bajó del camello y se cubrió la cabeza con una punta de su manto para enseñarnos que en las acciones pertenecientes al matrimonio, deben ir delante el pudor y la modestia, y aún se puede decir que de aquí vino la palabra *nubere*, que significa casarse la mujer, para darnos a entender que las doncellas se cubrían con un velo como con una nube, en señal de vergüenza y de pudor. Guardaos, pues, doncellas cristianas, de presentaros a los extraños con el rostro descubierto y procurad conservar siempre la modestia, considerando que no la pareció a Rebeca que debió al principio exponer su rostro, ni acusar a las miradas del mismo que estaba para ser su esposo. (S. Ambrosio, de Abraham, lib. 1, sent. 13, Tric. T. 4, p. 315.)”

“El cristiano debe parecer modesto en sus movimientos, en sus ademanes y en sus pasos, porque el estado del alma se manifiesta en el porte del cuerpo. (San Ambrosio, de *Officiis*, c. 18, sent. 121, Tric. T. 4, p. 338.)”

“La modestia y gravedad de una mujer, imprime respeto y reprime el descaro de las miradas curiosas y las libertades de los jóvenes. Por lo cual, los adornos de oro, los rizos y composturas del cabello, los vestidos ricos y magníficos: todo esto, digo que debe estar vedado para ella, no sea que el brillo y resplandor de las vanas composturas, dé en los ojos de los que la miran y los incline al pecado. (S. Juan Crisóst., sent. 252, Tric. T. 6, p. 352.)”

“El porte del cuerpo modesto y decente es una imagen fiel y una señal del estado interior del alma. (San Juan Crisóst., n. 5, sent. 258, Tric. T. 6, p. 352.)”

“Muchos no se presentan sino para ser vistos y estimados en público; y si han llegado a grangearse los aplausos de la concurrencia que les escucha, se alegran tanto como si hubieran ganado un reino. (S. Juan Crisóst., *Homl.* 30, c. 14, sent. 275, Tric. T. 6, p. 357.)”

“Observa el medio si no quieres perder la moderación en las cosas. (S. Bernardo, 2, de Consid., c. 10, sent. 8, Tric. T. 10, p. 322.)”

“El modo más decente es ser arreglado en la conducta, benigno y sereno en el semblante y grave en las palabras. (S. Bern., 4, de Consid., c. 6, n. 23, sent. 150, Tric. T. 10, p. 331.)”

“La modestia debe ser interior y exterior; pues cada una de por sí no basta: vemos a un hombre que en el hablar y los movimientos de su cuerpo es exagerado, al instante se le califica de altanero, orgulloso y vano; y por el contrario, se le da los dictados de juicioso, formal y circunspecto: lo propio sucede con las mujeres, a las que se las apoda con los nombres de locas, desenvueltas y poco timoratas; pero cuando son modestas, los más honrosos epítetos; pues tanto los Santos Padres como los filósofos Gentiles, encomian y prescriben la modestia, y de los beneficios que es causa para que otros los imiten. El autor de la vida de San Bernardo nos da el siguiente retrato de aquel gran hombre que a la vez fue un gran Santo. Cierta gracia espiritual apareció en su persona; un dulce brillo que nada tenía de terrestre, pues provenía del cielo, resplandecía en su rostro; una pureza angélica y una sencillez de paloma aparecía en sus ojos. tan grande era la hermosura de su alma, que se manifestaba exteriormente de un modo visible; y en parte estaba abundantemente penetrado de la plenitud y pureza de gracia que le inundaba. (Barbier., T. 3, p. 396.)”

“San Malaquías, Obispo de Irlanda, se distinguía por su admirable modestia. No movía ningún miembro sin necesidad, dice San Bernardo, en cuyos brazos murió en Claroval. (Barbier., ibi., ibid.)”

“San Luciano, Presbítero y Mártir, convirtió a muchos infieles sólo con su aspecto modesto, alegre y piadoso. Y habiendo oído decir el Emperador Maximiano que el rostro de Luciano era tan modesto e inspiraba tanta veneración que con sólo verlo una vez tendría deseos de hacerse cristiano, mandó que le cubriesen con un velo antes de hacerle comparecer a su presencia. (Barbier., ibid., ibid.)”

“Todo afecto y todo movimiento del alma, dice Cicerón, ha recibido de la naturaleza una expresión de rostro, un sonido de voz y una impresión que le son propios: el rostro es la imagen del alma. (Barbier, ibi., ibid.)”

“Sócrates procuraba que sus discípulos adquiriesen tres cualidades: primera, un espíritu prudente; segunda, afición al silencio, y tercera, un rostro y exterior modestos. (Barbier., ibid., p. 397.)”

“Aristóteles dice que la modestia se conoce en la gravedad de

andar y de los movimientos, la reserva y la prudencia en las palabras, un tono de voz moderado que exprese bondad y dulzura, una vista contenta, baja, nunca muy abierta, ni demasiado cerrada. (Barbier., *ibid.*, p. 396.)”

“Es la modestia —dice San Bernardo— la perla de las costumbres, la vara de la disciplina, la hermana de la continencia, la lámpara del alma casta; hace desaparecer el mal, propaga la pureza, es la gloria especial de la conciencia, la custodia de la reputación, el honor de la vida, el sitio de la fuerza, las primicias de la virtud, lo más laudable de la naturaleza, y el adorno de todo lo que es honrado. Si el pudor llega a sonrojar las mejillas con su arrebol, ¡qué gracia y qué encanto derrama en el rostro! (Barbier., *ibid.*, p. 397.)”

“La modestia gobierna el alma y el cuerpo, añade el mismo Santo Padre, impide que la frente se enorgullezca, destruye el aire feroz, compone el rostro, encadena las miradas, retiene las risas inmoderadas, refrena la lengua, calma la ira y suaviza el andar. (Barbier., *ibid.*, *ibid.*)”

Muerte.— “El que murmura, el que lleva con repugnancia la adversidad y cansado de sufrirla, prorrumpe en maldiciones, este vive en el error y no sigue los movimientos del espíritu. El Señor alaba al que es manso, humano y modesto, los espíritus celestiales le declaran dichoso y los hombres hacen su elogio; pero el que es duro y soberbio, sujeto a la ira, es detestable a los ojos de Dios, ya tiene por alimento una porción de la amargura de los demonios, por vino la hiel de los dragones y por refresco el mortal veneno de los áspides. Los que tienen el corazón puro verán la gloria de Dios; los que tienen el espíritu perverso, no tendrán otro objeto que al demonio. Los que cometen delitos, los que forman malos pensamientos, los que meditan mal contra su prójimo, ellos mismos se separan de la comunión divina. Por último, las personas que se ocupan en dar realce a la hermosura con el color encarnado, y la blancura con pintarse, y las que se componen al espejo para inclinar a los hombres al mal y excitar en ellos las pasiones, encendiendo el amor impuro, serán tratadas en el día del juicio como los impíos, y castigadas por haber despreciado los preceptos de Dios. (S. Cirilo Alejand., sent. 18, Tric. T. 8, p. 103.)”

“Al que cree firmemente la resurrección de los muertos, no le aflige la misma muerte, ni perderá la paciencia en los dolores: ¿qué hay que sentir en la muerte de una persona, si no la tenemos perdida para siempre? No es más que un viaje lo que llamamos muerte, por lo

que no se debe llorar la muerte del que partió antes que nosotros, antes bien, desear seguirle; y aun este mismo deseo se debe moderar con la paciencia. El excesivo sentimiento no es una señal de la más viva esperanza; desacredita nuestra fe, y es injurioso a Jesucristo el tener por infelices y dignos de compasión a los que El llama así. (Tertuliano, lib. de la Paciencia. c. 9, sent. 11, Tric. T. 1, p. 198.)”

“¿Por qué deseamos con tanta pasión permanecer en esta vida, siendo así que cuanto más larga sea, mayor será el peso de nuestros pecados? (S. Ambrosio, c. 2, sent. 16, Tric. T. 4, p. 316.)”

“Para los que tienen grande miedo a la muerte no es grande pena el morir; antes para estos debe ser mucha pena el vivir siempre con tanto miedo de morir. La muerte, pues, no es penosa; el temor de morir es el terrible. Ahora bien, este temor está en la opinión y esta opinión proviene de la flaqueza de nuestro natural; luego es contraria a la verdad. (S. Ambrosio, c. 8, sent. 18, Tric. T. 4, p. 316.)”

“La muerte da horror y la vida mortal aflicción. (San Agust., Psalm. 78, sent. 124, Tric. T. 7, p. 466.)”

“Para el justo siempre es buena la muerte de cualquier modo que le sobrevenga. (S. Agust., Psalm. 148, sent. 177, Tric. T. 7, p. 470.)”

“Yo temo la muerte porque es amarga; tengo miedo del infierno, porque jamás se acaba; tiemblo de oír esta palabra Tártaro, porque allí no hay color; temo las tinieblas, porque están separadas de la luz; temo el venenoso gusano, porque nunca muere; temo por causa de aquellos espíritus que han de asistir a mi juicio, porque son despiadados. Cuando me represento la sentencia terrible e irrevocable de aquel día, el respetable tribunal y el Juez incorruptible, me estremezco. Me horroriza aquel río de fuego que corre delante del tribunal, y su llama penetrante que todo lo consume, y las agudas espadas. Me dan miedo las más crueles penas. Temo un suplicio que no tiene fin. Temo las cadenas que no se pueden romper, el crujido de los dientes y los llantos que no se podrán aplacar. Temo las inevitables pruebas que resultarán contra mí, porque el Juez soberano no necesita de acusadores, testigos, demostraciones, ni probanzas. El mismo Señor expone a los ojos de los culpados sus acciones, intenciones y palabras. Ninguno puede librarse de las penas, ni huir: no el padre, la madre, el hermano, la hermana, los parientes o los vecinos, los amigos o protectores, los regalos ni las riquezas, en una palabra, todo el fausto del poder, de nada servirá; por el contrario, todo se disipará como ceniza y polvo, y se quedará solo el reo para ser condenado o absuelto según sus accio-

nes. ¡Ay infeliz de mí, verdaderamente infeliz! Siento mi conciencia que me reprende, y todas las escrituras que claman: miro los abominables y vergonzosos delitos que tú has cometido. Así es, ¡ay de mí! que he profanado el templo de mi cuerpo y causado dolor a vuestro Espíritu Santo. ¡Oh Dios mío! Vuestras obras son sin acepción de personas, vuestros juicios son justos, vuestros caminos rectos, vuestras intenciones impenetrables. Yo padezco eternamente por el contento pasajero, de un pecado; me abraso por haber procurado placeres a mi cuerpo; reconozco la justicia de vuestros juicios; Vos me llamábais, y yo no obedecía; me dábais preceptos, y yo no atendía; me advertíais, y yo me reía de vuestras advertencias; leía y adquiría algunos conocimientos, y los creía; pero todo lo ejecutaba con negligencia, pereza y flojedad; me entregaba ciegamente a diferentes ocupaciones, cuidados y disputas, y triunfando en el seno de la pereza, me abandonaba todo a los excesos y gustos; he pasado mis años, meses y días y he empleado todo mi trabajo y ocupación en las cosas caducas y perecederas; jamás consideraba y reflexionaba el temor, el terror, el combate, la inquietud en que había de hallarse el alma cuando se separa del cuerpo. (S. Cirilo Alejand., sent. 15, Tric. T. 8, p. 100, 101 y 102.)”

“¡Oh hermanos míos! Considerad cuál será nuestro estado cuando cada uno de nosotros haya de dar cuenta de las acciones que haya hecho, así grandes como pequeñas: porque delante de aquel Juez tendremos que exponer hasta las palabras inútiles. ¿Qué será de nosotros en aquella hora? Pero si tenemos a nuestro Dios propicio, ¿qué alegría no sentiremos al vernos colocados a la diestra del Rey? ¿Cuáles serán los sentimientos de gratitud a vista de aquel inefable placer, cuando el Rey de los Reyes diga con aire de benevolencia a los que están a su derecha: Bienvenidos seáis, benditos de mi Padre; poseed el Reino que os está preparado desde el principio del mundo. Entonces entraremos en la posesión de aquellos bienes que los ojos no vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón del hombre los ha llegado a comprender: en una palabra, poseeremos todos los bienes que Dios ha preparado para sus amigos. (San Cirilo Alejandr., ibid., sent. 16, Tric. T. 8, p. 102.)”

“Es necesario practicar la máxima que nos enseñó San Pablo. Dice, que Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. Pasaron las antiguas figuras: ya todo es nuevo; ninguno, pues, conserve las ante-

riores costumbres ni haga una vida carnal: procuremos hacer cada día nuevos progresos en la virtud, y renovarnos con las acciones de piedad y devoción; entretanto que el hombre vive sobre la tierra, siempre puede ser mejor; el no adelantar en la virtud, es volver atrás; el que nada adquiere de nuevo, algo pierde de lo que tenía. (S. León, Papa, Serm. 57, sent. 47, Tric. T. 8, p. 393 y 394.)”

“En todo hombre que se muda pasando de un estado a otro se puede mirar como fin el no ser lo que antes era, y como nacimiento el ser lo que antes no era. Pero importa mucho el ver para quién se vive o se muere, porque hay una muerte que es principio de nueva vida, y otra que es principio de peor muerte: debemos, pues, morir, respecto al diablo, y vivir para sólo Dios. Hemos de morir en cuanto a la iniquidad y resucitar para la justicia. (S. León, Papa, Serm. 69, sobre la Resurrec., sent. 57, Tric. T. 8, p. 396.)”

“Si creemos, amados míos, en el corazón lo que confesamos con la boca, nosotros fuimos con Jesucristo crucificados, muertos y sepultados con El, y también resucitados en el mismo tercer día. Por lo que dice el Apóstol: Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que están arriba, en donde Jesucristo está sentado a la diestra de Dios Padre. Verdaderamente habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo aparezca, que es vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con El en la gloria. Mas para que conozcan los fieles que tienen motivo para elevarse a la superior Sabiduría con desprecio de las concupiscencias del mundo, el mismo Señor nos promete su presencia, y dice: Advertid que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del siglo. No en vano había dicho el Espíritu Santo por Isaías: Una Virgen concebirá y parirá un Hijo, cuyo nombre será Emmanuel; esto es, Dios con nosotros. Cumple Jesús con la propiedad de su nombre, y el que subió a los cielos, no desamparó a los hijos adoptivos. El que está sentado a la diestra del Padre habita en todo el cuerpo de los fieles, y el mismo que acá conforta por la paciencia, desde arriba nos convida a la gloria. (S. León, Papa, Serm. 72, sent. 60, Tric. T. 8, p. 397.)”

“Quiso el Señor que se nos ocultase el tiempo de nuestra muerte, para que la misma incertidumbre de aquel momento nos obligase a estar siempre bien dispuestos. (S. Greg. el Grande, lib. 12, c. 38, p. 408, sent. 56, Tric. T. 9, p. 251.)”

“Hipócrates enseña a salvar la vida, en el mundo, y Cristo a perderla. (S. Bern., Serm. 31, sent. 143, Tric. T. 10, p. 330.)”

Mundo.— “Hablando con los mártires que aún estaban en las cárceles, dice Tertuliano: Si reflexionamos que el mundo es una prisión, mejor diremos que vosotros habéis salido de ella, que no que habéis entrado. Con efecto, en el mundo hay tinieblas mucho más densas, que oscurecen los corazones de los hombres; cadenas más pesadas, pues aprisionan las almas, y suciedades más inmundas; estas son las impurezas de los vicios: al fin la prisión del mundo encierra más reos que ninguna otra, pues lo son todos los hombres, y algún día tendrán por Juez no al Procónsul, sino al mismo Dios. (Lib. de los Mártires, c. 2, sent. 9, Tric. T. 1, p. 197.)”

“Las Santas Escrituras en todas partes nos inspiran desprecio del mundo; mas nada nos persuade con más fuerza al desprecio de las riquezas que la consideración de que nuestro Señor Jesucristo no las quiso poseer, y el oírle justificar siempre a los pobres y condenar a los ricos. La paciencia con que el Señor llevó la falta de los bienes de la tierra manifiesta a los cristianos que los deben mirar con disgusto, y no sentir mucho la pérdida de las cosas de este mundo. (Tertuliano, lib. de la Paciencia, c. 7, sent. 10, Tric. T. 1, p. 197.)”

“¿Qué tiene que ver un cristiano con el siglo, si él está muerto al mundo? (S. Efrén., sent. 20, Tric. T. 3, p. 80.)”

“Los mundanos estiman las comodidades de la vida como grandes bienes; los cristianos las deben considerar como perjuicios y males. Porque aquellos que reciben bienes en este mundo, como sucedió al Rico avariento, se verán atormentados en el otro; mas los que aquí han sufrido males como Lázaro, hallarán en el cielo su consuelo y alegría. (S. Ambrosio, de Officiis, c. 19, sent. 119, Tric. T. 4, p. 338.)”

“No podéis agradar al mundo sin desagradar a Jesucristo. Oid lo que dice el Apóstol: Si yo procurara agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo. Desagrademos, pues, a los mundanos, y gustemos mucho de desagradar a los que no se complacen en el mismo Dios; porque bien véis que en lo que en nosotros les disgusta, no tanto son nuestras obras, cuanto la obra de Jesucristo; y así aborrecen en la conducta de nuestra vida al mismo que desprecian en la suya. (S. Paulino, Ep. 1, ad Sever., sent. 7, Tric. T. 5, p. 330.)”

“¿Para qué nos sirve la gracia del mundo, si ésta es odio de Jesucristo? (S. Paulino, Ep. 6, ad Sever., ent. 10, adic. Tric. T. 5, p. 362.)”

“La vida amiga de este mundo es muerte del alma. (S. Paulino, Ep. 22, ad Amand. 2, sent. 13, adic. Tric. T. 5, p. 362.)”

“Reconozcamos, como dice la Escritura, que vamos caminando entre lazos: no dice junto a los lazos, sino entre lazos. Porque hallamos lazos en las casas, en las mesas, en las concurrencias, y generalmente en todas partes. (S. Juan Crisóst., Homl. 15, sent. 13, Tric. T. 6, p. 302.)”

“El tiempo de la presente vida, tan lleno de males y pecados, es un tiempo de lágrimas y de aflicción. A la verdad, que el que quisiere examinar más particularmente todos sus desórdenes, si esto es posible, no podrán contener el llanto: porque todas las cosas están en este mundo en tanta confusión y desarreglo, que no parece que hay el menor rasgo de virtud. Todo está lleno e inundado de maldad; y lo más despreciable es que no nos mueve a sentimiento la vista de tantos males, ni advertimos a los otros que los eviten. (S. Juan Crisóst., lib. 1, de compun. cordis, sent. 167, Tric. T. 6, p. 332.)”

“La vida presente es muy semejante a una comedia en la que uno hace el papel de Emperador; otro, de General de ejército; otro, de soldado; otro, de Juez; y así de los demás estados; y cuando llega la noche y se acaba la comedia, el que representaba al Emperador ya no es reconocido por Emperador; el que hacía de Juez, ya no es Juez; y el Capitán, ya no es Capitán; lo mismo sucede en el día que dura esta vida, al fin de la cual, cada uno de nosotros será tratado, no según el personaje que representa, sino según las acciones que haya ejecutado. (S. Juan Crisóst., Paran., c. 3, sent. 180, Tric. T. 6, p. 335.)”

“Aquellos a quienes la Escritura llama pesados de corazón y amantes de la mentira dicen: ¿Qué mal puede haber en disipar el espíritu y divertirse. ¿Qué tiene de malo la música y los conciertos de instrumentos? ¡Oh extremada locura, oh pensamiento, oh invención diabólica, oh generación mala y adúltera! ¿De este modo pagáis al Señor lo que le debéis? Por todas partes ordena Jesucristo a los cristianos que no se distraigan en coasa vanas, y que no empleen el tiempo en juegos y diversiones; y vosotros decís, ¿qué mal nos puede hacer esto? ¡Ay de aquellos que llaman dulce a los que es amargo, y amargo a lo que es dulce! ¡Ay de aquellos que pretenden que las tinieblas pasen por luz, y la luz por tinieblas! Yo quisiera que estos ignorantes y descarados que hablan así me dijese: ¿En qué lugar de la Escritura se halla que es permitido al cristiano ocuparse en todas esas diversiones? ¿Qué Evangelios han enseñado jamás, que puedan vivir los cristianos con tan poca gravedad y modestia? Por otra parte, escritos están en el cielo los pactos y promesas que hicimos en el Bautismo, la renuncia

de Satanás y la alianza con Jesucristo. Algún día se nos harán presente en el juicio todas nuestras obras, palabras y pensamientos, las distracciones y risas disolutas y, en una palabra, todo cuanto no se conforma con la profesión de un cristiano. (S. Juan Crisóst., Serm. de Peccato proph., sent. 248, Tric. T. 6, p. 350.)”

“Cuando las pesadumbres y solicitudes de las cosas del mundo despedazan al alma, destruyen toda su virtud y fortaleza. (S. Juan Crisóst., Homl. 10, in Ep. ad Philip., sent. 354, Tric. T. 6, p. 377.)”

“Todas las cosas arrebatan la velocidad de los momentos que vuelan y pasan, y continuamente corre el rápido torrente de las cosas del mundo. (S. Agustín, Psalm. 38, sent. 46, Tric. T. 7, p. 458.)”

“El mar es la figura de este mundo, que es amargo por la falsedad de sus bienes, agitado por las continuas tempestades, y lleno de hombres que, animados de sus perniciosos deseos, son como otros tantos monstruos que sólo aspiran a devorarse unos a otros. (San Agust., Salm. 64, sent. 101, Tric. T. 7, p. 463.)”

“Por grandes que sean las prosperidades en el mundo, éste engaña a muchos, pero Dios a nadie engaña. (S. Agust., Salm. 74, sent. 118, Tric. T. 7, p. 465.)”

“El que se convierte a Dios no pierde los placeres, sino que los cambia: no porque ya es efectivamente feliz, sino porque su esperanza es tan cierta que la debe preferir a todos los bienes del mundo. (S. Agust., Salm., ibid., sent. 119, Tric. t. 7, p. 465.)”

“Si son tan hermosas las cosas que amáis, ¿qué resplandor de belleza será el de Aquél que las ha hecho como son?... (S. Agust., Salm. 78, sent. 127, Tric. T. 7, p. 466.)”

“El mundo está lleno de amargura y de dolor: Vos, Señor, sois todo mi gozo y mi dulzura. (S. Agustín, Salm. 78, sent. 131, Tric. T. 7, p. 466.)”

“El mandamiento de Dios a Abraham para que saliese de su país, de su familia y de la casa de su padre, significa que debemos salir de nosotros mismos; esto es, de nuestros vicios y de nuestros malos hábitos, para no deleitarnos sino en bien obrar con las prácticas de las virtudes. (S. Cesáreo de Arlés, Serm. 1, T. 5, sent. 1, Tric. T. 9, p. 44.)”

“Con grande razón dice Job: Esperad todavía un poco, porque como la duración que no tiene términos es inmensa, así también la que se acaba es poquísimo. A la verdad, no debemos tener por bueno lo que continuamente tira a no ser, y en los que los mismos instantes

que componen esta duración son continuamente sucesivos para traernos el fin. De suerte, que los mismos instantes que nos hacen gozar no les pierden para que dejemos de gozarle. (S. Greg. el Grande, lib. 7, c. 30, p. 233, sent. 30, Tric. *ibid.*, p. 239.)”

“Vivid en la tierra como vive el Angel en el cielo; alimentad continuamente vuestro espíritu con castos y santos pensamientos; corregid en vosotros las ideas y las aficiones del mundo, si pretendéis no tener parte en la corrupción de sus obras. Purificad enteramente vuestro corazón de los obstáculos de los negocios del siglo, en el que todo es vanidad, para que Jesucristo os corone en lo más alto de los cielos. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 1, Tric. T. 9, p. 338.)”

“La felicidad de este mundo es muy corta: muy poco son todas sus honras. El poder limitado al tiempo es muy frágil y pronto se desvanece. Decidme: ¿En dónde están tantos Reyes? ¿Qué se han hecho tantos Príncipes, Emperadores y soberbios potentados? ¿A dónde se ha perdido la opulencia de tantos ricos? ¿Cómo se han eclipsado tantos grandes Señores, tantos poderosos Asentistas, tantos hombres temidos en su siglo. Todo ha desaparecido como una ligera sombra, y todo se ha disipado como la ilusión de un sueño. Ya no existen; han existido. (S. Anselmo, Exhort. ad contemptum temporalium, sent. 32, Tric. T. 9, p. 347.)”

“Estad muertos al mundo, y el mundo esté muerto para vosotros. Mirad su gloria como si ya os hubiera separado de ella la muerte. No cuidéis de las cosas del siglo más que si estuviéseis en la sepultura. Tomad tan poco interés en las bagatelas que los hombres del siglo miran como un grande negocio, como si ya hubiérais dado el paso de la muerte, cuando todas las ocupaciones del mundo se habrán acabado para vosotros. Despreciad mientras os dura la vida, lo que de nada os ha de servir después de la muerte. (S. Anselmo, *ibid.*, sent. 34, Tric. T. 9, p. *ibid.*)”

“Todas las cosas de este mundo han de tener fin; y su fin no tendrá fin. (S. Bern., Serm. 9, in Cant., sent. 21, Tric. T. 10, p. 323.)”

“Si la piedad es, como dice la Escritura, el culto de Dios, sin duda el que ama más al mundo que a Dios está convencido de idólatra y de impío, porque adora y sirve a la criatura más bien que al Criador. (S. Bern., Ep. 107, Ad Thom. Praep. sent. 21, adic. Tric. T. 10, p. 353.)”

O

Obediencia.— “De nadie es enemigo el cristiano: ¿cuánto menos lo será del Emperador, a quien es preciso que ame, reverencie, honre y le desee la salud, sabiendo que está puesto por su Dios? Veneremos, pues, al Emperador, como nos es permitido y como a él le conviene; como a un hombre segundo después de Dios, y en lo que suele dar a Dios en esta vida, a Dios solamente inferior, esto es todo lo que él puede desear, pues ya de este modo es mayor que todos, cuando sólo es menor que el Dios verdadero. (Tertuliano, ad Scapulam, c. 1, sent. 4, adic., Tric. T. 1, p. 359 y 360.)”

“Dice el Apóstol: Yo procuro agradar a todos en todas las cosas, no pretendiendo lo que me es ventajoso en particular, sino lo que es útil a muchos para salvarse. Es agradar a Dios y no a los hombres, cuando se les da gusto en lo que no desagrada a Dios; pero cuando únicamente se estudia el medio de agradar a los hombres, es un cuidado que no se puede referir al de agradar a Dios, pues tiene por término aquellos a quien se quiere complacer. (S. Hilario, in Psalm. 52, sent. 28, Tric. T. 2, p. 264 y 265.)”

“Los criados deben obedecer a sus amos con afecto, y a gloria de Dios, generalmente, y en todo cuanto puedan, sin faltar a la ley divina. (S. Basilio, Reg. 75, sent. 51, Tric. T. 3, p. 198.)”

“Los hijos deben honrar a sus padres y obedecerles en todo lo posible, sin faltar a los Mandamientos de Dios. (S. Basilio, Reg. 76, c. 1, sent. 53, Tric. T. 3, p. 199.)”

“Los cristianos deben estar sujetos a las potestades establecidas para gobernarlos, en todas las cosas que no se oponen a la ley de Dios. (S. Basilio, Reg. 79, c. 2, sent. 55, Tric. T. 3, p. 199.)”

“Siempre es útil el silencio cuando os reprenden. Si os reconocéis culpados, callad por no agravar el pecado negándole; cuando no os conocéis reos, callad también y sirvaos de consuelo vuestra misma inocencia: no pueden las palabras de otro hacer culpada una concien-

cia que sabe que está inocente. (S. Ambrosio, in Psalm. 38, sent. 50, Tric. T. 4, p. 323.)”

“Para que no piense el pueblo que carece de culpa cuando sigue los errores de los falsos doctores que le engañan, dice Dios: No escuchéis los discursos de los profetas que os predicán la mentira y os seducen, porque entonces será igual el castigo en el discípulo y en el maestro. (S. Jerón., lib. 4, in c. 24, sent. 65, Tric. T. 5, p. 294.)”

“A todos los hombres, no sólo a los seculares, sino también a los Monjes y Sacerdotes, dice el Apóstol: Todas las personas estén sujetas a las potestades superiores. Aun cuando fuéseris Apóstoles, Evangelistas o Profetas, tendréis obligación de sujetaros, porque la religión y la piedad no eximen de esta sujeción. (S. Juan Crisóst., Homil. 22, sent. 292, Tric. T. 6, p. 361.)”

“Desde la más remota antigüedad han juzgado los pueblos de común acuerdo que debían proveer lo necesario a la subsistencia de sus Príncipes, persuadiéndose a que estaba a su cargo asistir a las necesidades de aquellos que dejaban sus propios asuntos para cuidar de los negocios del público, y tienen empleado su tiempo y su aplicación en el reposo y salud de los pueblos entregados a su conducta. (S. Juan Crisóst., Homil. 22, sent. 293, Tric. T. 6, p. 361.)”

“Obedeced a los que están puestos por Superiores y estadles sujetos. Me diréis: Si son malos, no les obedeceremos. ¿Qué llamáis malos? Si son tales en punto de fe, huid de ellos aunque sean Angeles del cielo; pero si solamente son malos en punto de las costumbres y conducta de la vida, eso no lo examinéis curiosamente. Esto no os lo digo de mí mismo, sino que lo aprendo de la Escritura, en la que hallaréis estas palabras de Jesucristo: Los escribas y fariseos se han sentado en la cátedra de Moisés. Y aunque antes había dicho de cuantos males eran reos, añade: No obstante, haced todo cuanto os dijeren, mas no hagáis según sus obras. (S. Juan Crisóst., Homil. 34, c. 13, ad Hebr., sent. 392, Tric. T. 6, p. 385.)”

“Hacer el mal, sea quien fuere el que lo mande, no tanto será obediencia, cuanto desobediencia —porque se falta a lo que debemos a Dios—. (S. Bern., Ep. 7, n. 3, sent. 37, Tric. T. 10, p. 324.)”

“Vana es la excusa de haberlo hecho por obedecer al hombre, cuando se comete contra Dios. (S. Bern., Ep. 7, n. 8, sent. 92, Tric. T. 10, p. 327.)”

“Si alguno piensa ejecutar no teniendo precepto cierto, si tuviese suspensa su voluntad hasta preguntar al Prelado buscando la voluntad

de Dios por medio de aquel a quien en su lugar obedede, por nada de cuanto le manden se turbará: porque es mucha la paz de los que aman tu ley y no hay para ellos escándalo. (S. Bern., Serm. 12, ad quosdam novit. convers., sent. 50, adic. Tric. T. 10, p. 366.)”

“Mi alimento, dice Jesucristo a los judíos, es hacer la voluntad del que me ha enviado y dar cumplimiento a su obra: *Meus cibus est ut faciam voluntatem ejus qui missit me*, etc. (Joann., IV, 34). He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me ha enviado. (Joann., VI, 38). No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. (Joann., V, 30). Hágase, Padre mío, tu voluntad, y no la mía, dijo en el Huerto de las Olivas. (Luc., XXII, 42). San Pablo nos dice que Jesucristo fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; *factus est obediens usque ad mortem*, etc. Mas todo está compendiado en las pocas palabras que nos dice el Santo Evangelio, que estaba sumiso a José y María: *Erat subditus illis*. (Barbier., T. 3, p. 463.)”

“La obediencia es una virtud excelente a las demás; nos lo dicen también San Gregorio, San Buenaventura, San Juan Clímaco, el que dice, es una perfecta negación del alma y del cuerpo, una muerte voluntaria, una vida sin inquietud, una navegación sin peligros, el sepulcro de la voluntad y una vida de humildad. Nos asemeja a un hombre que anda durmiendo y avanza al término de su viaje. Vivir en la obediencia no es nada más que poner nuestra carga sobre las espaldas de otro, nadar con el sostén de una mano extraña, ser llevado sobre las aguas para no ahogarse, y atravesar sin peligro el camino más corto y cómodo, el grande y peligroso océano de la vida. (Grad. IV, Barbier., T. 3, p. 467.)”

“La obediencia es preferible a los sacrificios: 1.º, porque la obediencia es la inmolación de la voluntad. El hombre, dice San Bernardo, es tanto más agradable a Dios cuanto más presto se sacrifica con la espada del precepto, después de haber reprimido el orgullo de su libertad; 2.º, porque la obediencia hace que nuestra voluntad se conforme a la voluntad de Dios, que es santísimo y es la forma y la regla de toda virtud y santidad; 3.º, porque la obediencia hace de la voluntad un sacrificio vivo y continuo, en tanto que los antiguos sacrificios se componían solamente de la carne de los animales sacrificados, y duraban pocos instantes. En este sacrificio místico, pero muy noble, la voluntad muere, y sin embargo, vive: muere para sí mismo y vive en Dios y en la voluntad divina.”

“Hay un mérito mucho mayor, dice San Gregorio, en someter la

propia voluntad a la voluntad ajena, que en macerar nuestro cuerpo con largos ayunos, o que en atormentarnos con sacrificio secreto por compunción. El que ha aprendido a subordinarse completamente a la voluntad de sus superiores tendrá en el cielo mayores méritos y mayor gloria que los que ayunan y lloran. (Moral, Barbier., T. 3, p. 467 y 468.)”

“El Abate Juan, en el lecho de la muerte, contestó a sus religiosos que le preguntaban cómo había llegado a tan alta perfección: Jamás he hecho mi propia voluntad, y jamás he mandado tampoco nada a los otros que no lo haya hecho yo el primero. (Cassian., de Instit. monach., lib. 5, c. 38, Barbier., *ibid.*, p. 468.)”

Obispo.— “Si estás ligado a una esposa, no pretendas desenlazarte. Si estas palabras se dijeron de una mujer casada, ¿con cuánta más razón se podrán aplicar a una Iglesia, a la que está obligado un Obispo? No debe buscar otra si no quiere que los libros santos le reprendan de adulterio. (S. Atanasio, sent. 23, Tric. T. 2, p. 176.)”

“Para ser un buen Obispo y digno de serlo, no es suficiente traer un vida inocente y pura, ni solamente el ser capaz de instruir a los otros; porque el que vive justamente es útil para sí solo si no tiene la doctrina necesaria la enseñan; y por otra parte desautoriza esta doctrina si no está apoyada en la santidad de la vida. (S. Hilario, lib. 8, sent. 3, Tric. T. 2, p. 257.)”

“Un Prelado debe vivir persuadido a que cuantos más son los súbditos, más tiene a quien servir. (S. Basilio, Interrog. 50, sent. 62, Tric. T. 3, p. 200.)”

“La benignidad y la humildad deben ser las prendas principales de un Obispo. A la verdad, si el Señor no se avergonzó de servir por sí mismo a sus discípulos, ¿qué debemos hacer nosotros con nuestros iguales para manifestar que procuramos imitarle? También debe el Obispo ser clemente con los que delinquen por falta de experiencia, pero de suerte que no disimule sus pecados. Debe saber elegir los remedios más proporcionados contra las enfermedades que pretende curar, mire con circunspección que no reprenda con sobrada aspereza a los pecadores; adviértales con mansedumbre su obligación, sea vigilante en la administración de las cosas presentes y prevenga las que están por venir; sea fuerte para combatir a los que resisten y compasivo para acomodarse a la flaqueza de los débiles; sea exacto para no decir ni hacer lo que no contribuya a la perfección de los que gobiernan; conténgase y no se introduzca por sí mismo en la prelación sino por

la libre elección de los que le pueden conferir la dignidad; por último, ya el Obispo debe haber dado anticipadamente o antes de serlo, los más señalados testimonios de la integridad de sus costumbres y de su virtud. (S. Basilio, Interrog. 43, sent. 63, Tric. T. 3, p. 200 y 201.)”

“A mí me parece que respecto del Obispado es preciso observar un medio justo entre dos especies de temor; esto es, que no se ha de desear cuando no nos llaman a él, ni desecharle cuando Dios nos llama; porque hay temeridad en pretenderle y desobediencia en renunciarle e imprudencia en las dos cosas. (S. Gregorio Nacianceno, Orat. 1, sent. 7, Tric. T. 3, p. 353.)”

“Un médico no merece este nombre si no ha adquirido un grande conocimiento en las enfermedades; y, según veo que proceden muchos, no hay cosa más fácil que hallar un Obispo, porque en un día le hacen santo: se manda a un ignorante que en un instante se haga sabio y hábil cuando se elige para el sacerdocio a un hombre que no trae otra disposición que la de querer verse sublimado. (S. Greg. Nacianc., sent. 36, Tric. T. 3, p. 357.)”

“Pensaba San Basilio que la virtud de un simple fiel consistía en estar exento del vicio y tener algún amor a la virtud, pero en cuanto a un Prelado, estaba persuadido a que merecía pasar por malo e indigno Obispo si no excede en mucho al mérito de los simples fieles, si no se perfecciona de día en día, y si en virtud y santidad no corresponde a la elevación de su dignidad y su poder. (S. Greg. Nacianc., *ibid.*, sent. 37, Tric. T. 3, p. 357.)”

“En una ciudad se necesitan siete Diáconos, algunos Presbíteros y un Obispo, y ninguno de estos debe tener mujer; porque es preciso que todos los días se hallen presentes en la iglesia para servir a los fieles que tengan necesidad, sin que éstos esperen a que se purifiquen como en la antigua ley del comercio con sus mujeres. (S. Ambrosio, in Epist., ad Timoth., c. 3, sent. 101, Tric. T. 4, p. 333.)”

“Peca el Obispo cuando ordena a alguno sin tenerle bien probado; pues para merecer las órdenes, es preciso que le reconozcan por más virtuoso que los demás fieles, y no basta estar exentos de crimen, es necesario que resplandezcan primero los méritos de las buenas obras en un hombre para que se le juzgue digno de ser ordenado. (S. Ambrosio, *ibid.*, c. 7, sent. 102, Tric. T. 4, p. 333.)”

“Concededme, Señor, que yo sepa compadecerme en lo íntimo de mi corazón de la miseria de los que pecan: porque en esto consiste la soberana virtud de un Pastor. No os alegraréis, dice la Escritura, de la

perdición de los hijos de Israel, ni les hablaréis con orgullo en el día de su tribulación. Haced, pues, que cuando yo oiga la confesión de las culpas de un penitente, tome parte en su dolor; y que esté tan lejos de reprenderle con aspereza y altivez, que mezcle yo mis lágrimas con las suyas para que yo lllore por mí mismo cuando lllore por él, y que diga: Tamar ha tenido más razón que yo para ser justificada. Cuando una persona joven ha pecado, sin duda la derribó y la hizo caer la ocasión, que es por lo común la que empeña en la culpa; pero yo, con ser un anciano, no dejo todavía de pecar. Aquella persona puede tener excusa en la edad; mas yo no tengo ninguna; porque ella tiene obligación a aprender, mas yo la tenga de enseñar. (S. Ambrosio, de poenit., lib. 2, c. 8, sent. 111, Tric. T. 4, p. 336.)”

“No conviene a la benignidad imperial quitar la libertad de hablar a los Obispos, ni a la generosidad episcopal no decir lo que piensa. Nada hace a los Emperadores tan familiares y tan afables a sus pueblos como la conservación de esta libertad en los que les sirven más de cerca; porque entre los buenos y los malos Príncipes hay esta diferencia: que los buenos quieren la libertad en sus vasallos, y los malos los quieren tener en servidumbre; por último, no hay cosa más peligrosa para un Obispo en la presencia de Dios, ni más indecorosa en la de los hombres, que el no tener valor para decir su sentir con toda libertad. (S. Ambrosio, Epist. 29, ad Theod., Imper., sent. 155, Tric. T. 4, p. 346.)”

“Vos ¡oh Emperador! corríais el mismo riesgo que yo delante de Dios si yo callara; mas ahora participaréis del mismo bien que yo hago hablando con la debida libertad, y no me tengáis por un importuno que se mezcla en donde no tiene que hacer, pues en esto cumplo con mi obligación y obedezco a los preceptos del Señor, en cuyo desagrado hay mucho más peligro que en el de un Emperador. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 156, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Yo, en el caso de que sucediese lo que suelen ejecutar los que tienen la potestad suprema, estaba dispuesto a sufrir lo que conviene a un Obispo. Jamás abandonaré voluntariamente los derechos del Obispado: mas si quieren hacerme violencia, no sé lo que es defenderme, sólo podré afligirme, llorar y gemir: no tengo otras armas que el llano para resistir a las armas y soldados que me opongan los que me quieran precisar violentamente. Estas son las únicas defensas de los obispos, y no puedo ni quiero hacer otra resistencia; pero no acostumbro a huir abandonando mi Iglesia. (S. Ambrosio, in Auxent. Orat., sent. 157, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando se me propuso que entregase los vasos de la Iglesia, di por respuesta: que si se trataba de dar alguna cosa que fuese mía, como una heredad, una casa, o bien el oro y la plata, me desprendería gustoso de todo en cuanto estuviere de mi parte; pero que del templo de Dios nada podía quitar, ni debía yo entregar lo que me habían entregado a mí para custodiarlo, y no para abandonarlo. (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 158, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Maestro, ¿es permitido dar el tributo al César, o no? ¿Siempre han de oponer la autoridad del César a los siervos de Dios para afligirlos? ¿Que siempre ha de pretextar la impiedad el nombre del Emperador para calumniarnos y perseguirnos? (S. Ambrosio, *ibid.*, sent. 159, *Tric. ibid.*, p. 347.)”

“Apenas puede mi espíritu en su pequeñez comprender la grandeza de este sagrado cargo y el conocimiento que tengo de mi flaqueza me hace temblar a vista de la pesadez de esta carga que me han impuesto. (S. Paulino, Ep. 1, ad Sever., sent. 8, *Tric. T. 5*, p. 330 y 331.)”

“Si se considerara el Sacerdocio supremo como cuidado, como trabajo, como carga, nadie se empeñaría en él tan fácilmente: pero se desea con ambición esta dignidad, como pudiera pretenderse una magistratura profana, con el fin de granjearse, honra y gloria delante de los hombres, y de este modo se pierden delante de Dios. (S. Juan Crisóst., *Homl. 3*, in *Act. Apost.*, sent. 261, *Tric. T. 6*, p. 354.)”

“Aquel a quien han hecho Obispo como por fuerza y contra su voluntad, podrá hallar alguna excusa. (S. Juan Crisóst., *ibid.*, sent. 262, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Si el desprecio del Prelado sólo recae en su persona, debe sufrirlo con paciencia; porque la virtud de su predicación resplandecerá más con el sufrimiento. Pero si el desprecio puede causar perjuicio a la salvación de los que penden de su conducta, no le debe sufrir, porque entonces más sería efecto de la necedad, que de la mansedumbre. (S. Juan Crisóst., *Homl. 10*, c. 5, ad *Timoth.*, sent. 368, *Tric. T. 6*, p. 380.)”

“No impongáis tan presto las manos, ni comunicuéis en los pecados ajenos. ¿Qué quiere decir tan presto? Quiere decir: no os contentéis con probarla la primera vez, ni aún la segunda o tercera, sino esperad a imponerle las manos cuando le hayáis examinado por largo tiempo y con la mayor exactitud; porque es para vosotros muy peligroso ordenar con demasiada prontitud a un eclesiástico; pues por esa

facilidad que ha de contribuir a sus desgracias, seréis reos de todos sus pecados pasados y por venir. (S. Juan Crisóst., Homl. 16, in 1. ad Corinth., c. 5, sent. 369, Tric. *ibid.*, *ibid.*)”

“Un Doctor y un Obispo no tienen necesidad de fausto en sus palabras para persuadir la verdad; sino de juicio, recta razón y mucho conocimiento de la Escritura. ¿No véis cómo convirtió San Pablo toda la tierra y que hizo infinitamente él sólo mucho más que Platón y todos los filósofos juntos? (S. Juan Crisóst., Homl. 2, c. 1, Ep. ad Tit., sent. 376, Tric. T. 6, p. 381.)”

“Si conocieses que el Obispo debe llevar la carga de todos; que a otros, aunque se dejen llevar de la ira, se les perdona, más a el de ningún modo; que los otros pueden tener excusa cuando pecan, mas el ninguna tiene: no acudirías con ambición. Dime: si el que tiene diez hijos que viven con él continuamente y están sujetos a sus órdenes se ve en la obligación de cuidarlos sin intermisión, ¿qué no padecerá el que tiene tantos, y no domésticos, sino que le deben la obediencia viviendo en su propia potestad? Para eso le honran, suelen decir: ¿Qué honra es esta? si los hombres más despreciables dicen afrentas contra él en los tribunales. ¿Por qué no les cierra la boca? Muy bien dicho. En eso no cuentan con lo que es propio del Obispo... ¿Quién podrá ponderar la solicitud cuando ha de predicar y enseñar? ¿quién la dificultad en las elecciones cuando por todas partes le oprimen los amigos y los enemigos, los suyos y los ajenos?... Si se conmueve con vehemencia, dicen que es cruel; si con poco ardor, dicen que es frío: y es preciso que concurren estas dos cosas, aunque sean contrarias, de modo que ni le aborrezcan ni le desprecien. (S. Juan Crisóst., in Act. Apóst., Homl. 3, sent. 18, adic. Tric. T. 6, p. 458.)”

“Cuando lo pide la necesidad, se debe ponderar dignamente como conviene cada uno a la elevación del gobierno; y como vive en él aquel que legitimamente le consiguió; y aún viviendo en él como enseña: y aunque enseñe lo que debe, procure conocer con toda su consideración su propia flaqueza, para que ni por humildad huya del misterio, ni la vida sea contraria al empleo que ha llegado, ni la santa vida se halle destituida de doctrina, ni la presunción haga ostentación de la doctrina. (S. Greg. el Grande, Pat. 1, Preloq., sent. 7, adic., Tric. T. 9, p. 380.)”

“Entonces fue laudable pretender el Obispado, cuando se sabía que esta dignidad era el medio de llegar a los mayores tormentos del martirio. (S. Gregorio el Grande, *ibid.*, c. 8, sent. 8, *ibid.*, *ibid.*, p. 381.)”

“El que es poderoso en virtudes, llegue precisado al gobierno: el que está desnudo de ellas, ni aún obligado le admita. (S. Greg. el Grande, *ibid.*, c. 9, sent. 9, *adic.*, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Las honras lisonjean a los que miran su resplandor; pero aquellos que meditan su carga, las tiemblan. (S. Bern., *Tract. de Offic. et Mor. Episc.*, c. 7, sent. 128, *Tric. T. 10*, p. 329.)”

“Más temo yo los dientes del lobo que el báculo del Pastor. (S. Bern., *Tract. de vit., Offic., Epist. n. 35*, sent. 142, *Tric. T. 10*, p. 330.)”

“Bruno, varón ilustre, me pides consejo sobre si te debes conformar con los que quieren promoverte al Obispado. Más ¿qué hombre mortal presumirá decidir? Puede ser que Dios te llame, y entonces, ¿quién se atreverá a disuadirte? Puede ser que no te llame: y ¿quién te aconsejará que te acerques? ¿quién sino el Espíritu que conoce las profundidades de Dios, o aquel a quien se lo haya revelado podrá saber si es o no verdadera vocación de Dios? (S. Bern., *Epist. 8 ad Brunon.*, sent. 6, *adic.*, *Tric. T. 10*, p. 346.)”

“Si nos agrada estar más altos más bien que mejores, no espere premio, sino precipicio. (S. Bern., *Ep. 27*, sent. 11, *adic.*, *Tric. T. 10*, p. 349.)”

Oración.— “Ninguno yerre: el que no estuviere presente al altar, se priva del pan de Dios. Si la oración de una u otra persona tiene tanta fuerza, ¿cuánto será más eficaz la oración del Obispo con toda la Iglesia? Aquél, pues, que no concurre a la junta, ya está hinchado con la soberbia, ya se ha separado y juzgado a sí mismo, porque escrito está: Dios resiste a los soberbios. (S. Ignacio, sent. 1, *Tric. T. 1*, p. 338.)”

“La oración es una conversación con Dios, sin que se oiga la voz, y aun sin mover los labios estamos clamando en el fondo de nuestro corazón: el Señor oye las súplicas que le dirige nuestro corazón. Para orar, levantamos la cabeza y las manos al cielo, nos esforzamos a arrancar de la tierra nuestro cuerpo, elevando nuestra alma con las alas del deseo de los bienes eternos hasta el santuario de Dios; y mirando con los ojos de un espíritu sublime, consideramos como inferiores a El los lazos de nuestra carne como dignos de desprecio siempre que se opongan a la vida eterna. (S. Clemente, sent. 17, lib. 7, *Tric. T. 1*, p. 126.)”

“Algunos destinan ciertas horas fijas para la oración, como la de tercia, sexta y nona: mas el hombre verdaderamente espiritual, y que

tiene verdadero conocimiento de Dios, procura estar toda la vida en la presencia de Dios por medio de la oración: cuando llega a este grado eminente de caridad, corta todo cuanto le es inútil, y sólo mira a Dios en sus deseos. (S. Clemente, sent. 18, *ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“El varón espiritual en todo lugar hará oración, pero sin dar a entender que ora: hace oración cuando camina, cuando descansa, cuando habla, cuando lee, y en todo cuanto ejecuta con deliberada intención; cuando él no haga más que pensar en Dios en lo secreto de su corazón, y enviarle de él afectuosos suspiros, está bien cierto de que Dios está pronto para oírle, aun antes de concluir su oración. (S. Clemente, sent. 19, *ibid.*, *ibid.*, *ibid.*).

“El que trae a Dios en su corazón, ninguna otra cosa desea: y dirigiéndose a El únicamente, abandona cuanto puede retraerle de unirse al Señor con estrechos lazos, y se aplica todo a la contemplación de las cosas divinas. (S. Clemente, sent. 20, *ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“Muchos se excusan de asistir a todas las oraciones del sacrificio, y les parece que pueden retirarse porque ya han recibido el cuerpo del Señor: ¿acaso la Eucaristía no podrá dispensar de las obligaciones de piedad y devoción, siendo un beneficio que por sí mismo nos pone en más estrecha obligación? (Tertuliano, lib. de la Oración, c. 14, sent. 8, *adic.*, *Tric. T. 1*, p. 197.)”

“Pidiendo el pan cotidiano, pedimos la perpetuidad de Cristo y ser individuo de su cuerpo místico. (Tertuliano, *ibid.*, c. 6, sent. 9, *adic.*, *Tric. T. 1*, p. 361.)”

“Absolutamente se nos manda no volver mal por el mal: a un hecho igual corresponder igualmente... ¿Qué honra sacrificaremos al Señor, nuestro Dios, si le usurpamos el arbitrio de nuestra defensa? (Tertuliano, *ibid.*, c. 10, sent. 10, *adic.*, *Tric. ibid.*, *ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando decimos en las oraciones de la iglesia: Dios omnipotente, admítenos con tus Profetas y con los Apóstoles de Jesucristo, no se yo si penetramos el sentido de estas palabras: ellas quieren decir: Haced que seamos participantes de las persecuciones que padecieron los Profetas, y permítenos padecer lo que padecieron los Apóstoles: haced que prediquemos vuestra verdad a los hombres, de tal modo, que éstos nos persigan y aborrezcan. Es una cosa bien impropia que el que está pronto a padecer y sufrir con los Apóstoles y Profetas, le diga el Señor: Dame para con tus Profetas y Apóstoles. (Orígenes, *Homl. 14*, in *Jerem.*, sent. 9, *Tric. T. 1*, p. 249.)”

“El que tenga sed, lléguese a mí y beba, clamaba Jesucristo. La

misma piedra nos convida con amorosos pechos para alimentarnos; pero los impíos han abandonado la fuente de agua viva: no es la fuente la que se retira, pues Dios jamás se aparta de los que le buscan; mas los que se retiran lejos de Dios, perecerán. (Orígenes, Homl. 118, in Jerem., Tric. T. 1, p. 249.)”

“Sea nuestra ocupación un continuo llanto y una continua oración: estas son las armas celestiales con que perseveran y se defienden nuestras almas. Ayudémonos unos a otros con oraciones, y consolémonos con recíproca caridad en nuestros trabajos. Aquel que por la misericordia del Señor mereciere ir primero, conserve siempre en la presencia de Dios su caridad, para con sus hermanos, para implorar la clemencia divina a favor de los fieles que dejó en el mundo. (S. Cipriano, carta 56 a Cornelio, sent. 7, Tric. T. 1, p. 296.)”

“Cuando oramos para conseguir el perdón de nuestras culpas, tomemos las mismas palabras de Aquel que es nuestro mediador y abogado. Y pues nos asegura que el Padre celestial nos concederá cuanto le pidamos en su nombre: ¿con cuánta mayor prontitud nos lo concederá, si no solamente en su nombre le suplicamos, sino que oramos con sus mismas palabras? (S. Cipriano, de Orat. Dominica, sent. 18, Tric. T. 1, p. 300.)”

“La voluntad de Dios es la que hizo Jesucristo, y la que nos enseñó. Esto es, que seamos humildes por toda la duración de nuestra vida, firmes en nuestra fe, modestos en nuestras palabras, justos en nuestras acciones, caritativos en nuestras obras, arreglados en nuestras costumbres, incapaces de hacer injuria a los otros, y determinados a sufrir las que nos hagan, viviendo siempre pacíficos con nuestros hermanos. También quiere Dios que le amemos con todo nuestro corazón, que le estimemos como a nuestro Padre, y le temamos como a nuestro Dios: que ninguna cosa miremos con preferencia a Jesucristo, así como este Señor a todo nos prefirió; que nos aficionemos inviolablemente a su amor: que abracemos su cruz con valor y confianza; que cuando se trata de confesar su nombre, o de defender su honra, manifestemos constancia en nuestras palabras, aliento en los tormentos, y paciencia en la muerte para conseguir la corona. Esto es propiamente ser coherederos de Jesucristo, esto es observar los preceptos de Dios, esto es cumplir la voluntad del Padre celestial (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 19, Tric. T. 1, p. 300 y 301.)”

“Pedimos que este pan, que es nuestro, nos lo de Dios todos los días, temiendo que nos suceda, el que los que estamos incorporados

con Jesucristo y recibimos todos los días la Eucaristía como un alimento para la salud, nos veamos separados del cuerpo de Jesucristo, por haber merecido que nos priven de la comunión y de la participación de este pan celestial con alguna culpa grave. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 20, *Tric. T. 1*, p. 301.)”

“No debemos suspirar por una vida dilatada: pues hay una especie de contradicción es desear permanecer por largo tiempo en el mundo, y con todo eso suplican a Dios que llegue pronto su reino. (S. Cipriano, *ibid.*, sent. 21, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando empezamos nuestras súplicas, confesemos humildemente nuestra insuficiencia, y cuando todo el bien le atribuimos a Dios, nos concede benéfico el Señor cuanto le pedimos con humildad y con aquel respeto y temor que le debemos. (S. Cipriano, sent. 22, *Tric. ibid.*, *ibid.*)”

“Cuando oramos debemos aplicar todo nuestro corazón: es preciso desterrar todos los pensamientos carnales y del siglo, y atender únicamente a la acción que estamos ejecutando. Por esta razón el Sacerdote u Obispo antes de empezar la oración, prepara los espíritus de los fieles con esta advertencia: Elevad vuestros corazones, para que el pueblo responda: Ya los tenemos levantados al Señor, se acuerde de que por entonces solamente en Dios ha de pensar. (S. Cipriano, sent. 23, *Tric. T. 1*, p. 30 y 302.)”

“¿Cómo queréis que Dios os entienda en la oración, si vosotros mismos no os entendéis? ¿Cómo podéis pedirle que no os olvide, al mismo tiempo que vosotros os estáis olvidando? El que así ora con tanta negligencia, ofende a la Divina Majestad: están vigilantes nuestros ojos, y dormido nuestro corazón, siendo así que el corazón de un cristiano debe velar aun cuando sus ojos duerman, según aquellas palabras que dijo la Esposa en el Cántico de los Cánticos, y en nombre de la Iglesia: Yo duermo, pero mi corazón vela. (S. Cipriano, sent. 24, *ibid.*, *Tric. ibid.*, p. 302.)”

“Empleemos nuestros ojos en la lección de las divinas Escrituras: nuestras manos, en el ejercicio de las buenas obras; y nuestro espíritu en pensar en Dios: oremos sin cesar aplicándonos continuamente a las santas acciones, para que siempre que nuestro enemigo se acerque a sorprendernos, nos halle armados para rechazarle, y cerradas todas las avenidas de nuestro corazón. (S. Cipriano, *lib. de la Orat.*, sent. 34, *Tric. T. 1*, p. 305.)”

“Cuando decimos a Dios: Hágase vuestra voluntad, así en la tierra